

Waterloo

Luis Rubio

Ninguna duda cabe de que cada gobierno actual es su propia historia, algunos por lo que logran, otros por su dogmatismo. Si algo caracteriza al gobierno actual es su total ausencia de capacidad (o disposición) a aprender. El script es absoluto e inamovible, así cambie el panorama de manera radical, como ocurrió con la pandemia. Los resultados del primer año del gobierno ya mostraban de manera fehaciente los costos de la tozudez: aunque buena parte de la campaña se dedicó a criticar las bajas tasas de crecimiento (en promedio) y la intolerable corrupción, el primer año logró el hito de disminuir la tasa de crecimiento hasta volverla negativa y no hizo más que encumbrar y legitimar la corrupción de sus propios cuadros. El segundo año fue todo de retrocesos por la pandemia sin que cambiara el dogma en modo alguno.

Luego de un año de casi total parálisis, y con el beneficio de innumerables puntos de comparación alrededor del mundo, la catástrofe está a la vista. No hay que ser experto para percatarse de que, en lugar de estrategia, el gobierno tuvo una ilusión: la esperanza de que la pandemia se resolvería sola. Ahora, doce meses después, ni siquiera tiene una estrategia de vacunación. Desde el inicio de esta inusual crisis, el único objetivo ha sido atender a su base política con fines electorales. El país, y el resto de la población, que se rasque con sus propias uñas (hay una palabra más apropiada para el sentir). En una palabra, nunca hubo, ni hay, una estrategia de salud. Le tomó un año al presidente aprender exactamente nada.

Los expertos afirman que el riesgo de no avanzar a un ritmo acelerado con la vacunación es doble: por un lado, que México acabe aislado del mundo como una isla pestilente con quien nadie quiera interactuar, lo que incluso podría afectar las exportaciones, nuestra principal fuente de crecimiento. Por otro lado, como dice el profesor Ian Goldin de Oxford, “mientras más tiempo tome esto, mayor el riesgo de que se presenten mutaciones que nulifiquen a las vacunas, como aparentemente está ocurriendo en Sudáfrica”. Es decir, seguir no haciendo nada implica un riesgo de una crisis de mucho mayor calado tanto en el frente de salud como en el de la economía. Una catástrofe.

Desde luego, no todo es culpa del gobierno. El mundo entero experimenta un problema de disponibilidad de vacunas, a lo que se adicionan respuestas poco constructivas para vencer un virus cuya característica medular es su ubicuidad, es decir, que afecta a todo el mundo y que cruza fronteras por más que algunas naciones quisieran construir murallas. La Unión Europea recientemente impuso controles a la exportación de vacunas, cuando en su territorio se localizan algunos de los principales laboratorios (co-

menzando por Pfizer en Bélgica) dedicados a producirlas para todo el mundo.

Sin embargo, todo esto no excusa la falta de previsión del gobierno mexicano. Ha sido tal su desidia que el único plan realmente existente es el que desarrolló y financió el Ing. Carlos Slim para la vacuna de AstraZeneca. Todo el resto ha sido casuístico, lo que dejó al país desamparado y dependiente y a merced de un mercado que, al menos en este momento, es de vendedores. Si bien muchos gobiernos en el mundo han adolecido de la misma incapacidad de prever y anticipar las siguientes fases, en lo que se distingue el nuestro es en su absoluta indisposición a aprender. Los modelos de éxito no son secreto de Estado: están a la vista y numerosas naciones han ido adaptándose cuando su estrategia muestra malos resultados. Todos menos México: aquí lo único importante es no perder las elecciones.

El gobierno mexicano erró el diagnóstico, se apejó a una estrategia infructuosa, comunicó mal (engañó), no previó la adquisición de las vacunas y todavía tiene la desvergüenza de afirmar que “vamos bien”.

Las contradicciones de la “estrategia” anti-Covid son abundantes. El gobierno ha hecho evidente que tiene objetivos inconfesables, que no por eso son menos reales, comenzando por el hecho de que su objetivo no es resolver el asunto de la pandemia sino preservar intacta su mayoría. De ahí se han derivado otros que surgen de esa portentosa indisposición a aprender: por ejemplo, la evidencia a la fecha no confirma que este virus produzca inmunidad permanente, lo que no ha llevado a modificar lo que parece ser su verdadera estrategia desde el inicio: lograr la “inmunidad de rebaño” sin la vacuna, por más que lo niegue o pueda ser una ilusión. Esto implicaría que la pérdida de vidas seguiría creciendo sin límite.

Luego, cuando la realidad -el número de muertes- lo rebasó (algo que todavía no reconoce), se abocó a una nueva aventura: picarle el ojo al Tío Sam. Es posible que las vacunas chinas o rusas acaben resultando igual de efectivas que las otras, pero las circunstancias sugieren que el gobierno decidió jugar a la geopolítica haciendo la travesura de comprarles vacunas a los que están desafiando a “nuestra” potencia en las grandes ligas. Por supuesto, no hay nada de malo en actuar de manera soberana, pero esta manera de proceder parece más un tufo del radicalismo estudiantil de los sesenta que un plan bien pensado para la conducción certera del desarrollo del país hacia el futuro.

Waterloo fue la derrota de Napoleón y cambió la historia de Europa. De seguir por donde va el gobierno actual, sólo las torpezas de la oposición podrían evitar un desenlace similar.

@lrubiof

Cuando no se formó el privilegio

Manuel Gil Antón

¿Qué está pasando? No hallaba el nombre. ¿Qué sucede? Era un proceso social extraño. ¿En qué consiste la dificultad para comprender lo que pasaba? Procuraba enunciarlo y no atinaba a mentar su singularidad. Estaba formado a las 7 de la mañana. Ficha 87. Era martes y aguardábamos que dieran las 9 para que abrieran la escuela primaria. Un sentimiento de esperanza compartido era, creo, el denominador común. Diversos en los rasgos de los estratos sociales a los que pertenecíamos, aunque predominaban personas oriundas de ese barrio popular cercano a la carretera libre México-Toluca. Todas, todos, con una expresión en los ojos semejante. Ante la situación límite de contar con un pasaporte a la vida cuando nos rodea la muerte y el dolor, éramos iguales.

Estar ahí era azaroso: mayores de 60 años (nadie elige cuándo nace), con domicilio en una alcaldía (uno vive donde puede o le ha tocado vivir) y ser esa una de las primeras en que se aplicaría la vacuna. Rasgos que compartíamos con independencia del nivel escolar, los ingresos o el estatus social atribuido por la desigualdad social que caracteriza al país y que, como fractal, se reproduce en cada localidad: pocos en la abundancia, y la mayoría con lo suficiente, a veces menos, para ir sacando para su cada día.

Entonces entendí: esas circunstancias aleatorias nos hacían confluír en la misma fila, cada cual con el mismo derecho a recibir un bien público: el sitio en la fila dependía de la hora de llegada. Acostumbrado a observar que la distribución de los servicios en que cristalizan los derechos (educación, salud o acceso al agua, por ejemplo) siguen la tendencia de la desigualdad social, de tal manera que su calidad se asocia al privilegio casi siempre revestido de méritos diferenciados, esa mañana no era así.

Cada uno de nosotros accedería a la vacuna sin que los rasgos y efectos de la ubicación en la distribución del ingreso fuesen factor de distinción. Equidad era la palabra. Entré unos minutos después de las nueve. Un joven nos dijo que se daría preferencia a las personas con más años o con alguna discapacidad. Nadie estuvo en desacuerdo. Los fueron a buscar

Este relato no pretende negar los análisis críticos a la forma de organizar la vacunación ni muchos otros problemas debatibles en la materia. Son necesarios. Solo comparto la experiencia (quizá nada más comparable con la fila para ejercer el voto) de ser parte de un proceso social en que no participó la desigualdad, paridora del privilegio.

en la hilera y cuando entraron formados, no sé por qué aplaudimos. No era el privilegio, sino la fragilidad para estar a la espera lo que condujo a la “ventaja” de ser quienes serían vacunados primero. Sin mirar el número de ficha.

El acceso equitativo a ese bien que pagamos todos fiscalmente, para nada gratuito ni concesión de la autoridad, fue extraña, inusual, atípica en mi experiencia vital. Sin mercado al que recurrir para comprarla, ausente la fuerza de las relaciones con el poder o el dinero, el grupo formado estaba emparejados por la ciudadanía. No más.

Este relato no pretende negar los análisis críticos a la forma de organizar la vacunación ni muchos otros problemas debatibles en la materia. Son necesarios. Solo comparto la experiencia (quizá nada más comparable con la fila para ejercer el voto) de ser parte de un proceso social en que no participó la desigualdad, paridora del privilegio. Se dirá que fue producto de las circunstancias o de otros factores. No lo niego ni lo afirmo, no es el tema de este escrito. Tan solo quiero dar testimonio que, en esta ocasión, presencié que los más vulnerables no fueron, como tantas veces, los últimos en ejercer su derecho y con la misma calidad que los que siempre hemos sido los primeros y favorecidos en otras circunstancias. El privilegio no llegó ni se formó. No tuvo ficha. Enhorabuena.

mgil@colmex.mx

La hambruna recordada

Enrique Krauze

Toda revolución debe verse en el espejo de la rusa. En el siglo XX, las revoluciones fueron violentas. En el siglo XXI, sus mutaciones populistas han sido plebiscitarias. Pero se parecen mucho. Se presentan como “auroras” de la historia cuyo advenimiento implica todo tipo de “costos”. Los líderes los asumen tranquilamente porque los atribuyen al régimen pasado, a los enemigos presentes o, en última instancia, a las propias víctimas que no comprenden la gran idea, el gran principio, la gran transformación.

Uno de esos “costos” fueron las hambrunas de la URSS. Un tío mío, el doctor Luis Kolteniuk, vivió la primera, de 1921 a 1922. Vivía en un pueblo llamado Zhmerinka, en el centro de Ucrania. Contaba que en varias ocasiones, sin nada que comer, había tenido que irrumpir en terrenos ajenos para ver si encontraba una papa o una cebolla. Otro hecho indeleble de aquel tiempo fue un asalto. Huyó para refugiarse en unos pastizales, pero se extravió. Lo que vio -y con lo que tuvo que convivir solo, por varios días- fue el espectáculo de hombres decapitados, los cuerpos por un lado, las cabezas por otro. Con ayuda de unos vecinos pudo volver a su casa. También los niños pagan “costos”.

Para los redentores, la vida humana individual no es importante: lo importante es la ideología y el poder. Lenin escribió: “Un momento es el del hambre y la desesperación es único para crear entre las masas campesinas [...] una disposición que nos garantice su simpatía o en cualquier caso su neutralidad”. En 1919, cuando un profesor escribió a Trotski diciendo que pasaba hambre, el revolucionario le respondió: “Eso no es pasar hambre. Cuando Tito sitió Jerusalén, las madres judías se comían a sus propios hijos. Cuando [...] las madres de Moscú comiencen a devorar a sus hijos, usted podrá venir a decirme: ‘Aquí pasamos hambre’”.

La imagen de Saturno devorando a sus hijos inspiraba a los bolcheviques. A nadie más que a Stalin. Para mantener la pureza de la Revolución, antes de modificar su plan quinquenal o dar un margen de libertad a la economía o la política, Stalin propició la gran hambruna de Ucrania. Se llevó a cabo por diversas vías: requisas de cosechas, sellado de las fronteras, aislamiento de los pueblos, prohibición de importaciones. El invierno de 1932 fue inlemente y, al llegar la primavera, el saldo de muerte y desolación fue atroz.

La prensa internacional ocultó la noticia. El corresponsal de The New York Times estaba en la nómina soviética. Po-

Cuatro lecciones se desprenden de ese episodio del siglo XX. La primera es el irreductible fanatismo de los líderes que no tienen empacho en sacrificar a las personas concretas en el altar de las ideas abstractas.

co tiempo después, Vicente Lombardo Toledano, famoso intelectual mexicano de izquierda, visitó la URSS y escribió que el régimen había acertado en “no darles a los campesinos iguales derechos que a los obreros”, no solo porque estos “ya tenían conciencia de clase” sino porque los obreros, no los campesinos, se habían echado a cuestras “la responsabilidad de crear un nuevo régimen en la historia”. Según Lombardo, en Ucrania los campesinos individualistas habían sido responsables de su propio desastre pero finalmente habían “digerido la doctrina” y celebraban el éxito de la colectivización: “las trojes llenas de trigo, los pies con buenos zapatos, la mesa llena de alimentos sanos y frescos...”.

Orwell registra la hambruna en sus ensayos, pero pasaron las décadas sin que nadie, excepto los ucranianos, conservara memoria de los hechos. ¿Cuántos millones de campesinos murieron? En 1986, Robert Conquest publicó *The Harvest of Sorrow*, obra pionera sobre la hambruna. Sin acceso a los archivos secretos soviéticos y basado en testimonios y datos censales, calculó el número de muertos en cinco millones. Estudios más recientes elaborados a partir de esos archivos reducen la cifra a 3.3 millones. En estos últimos años han salido a la luz varios libros, documentales y películas sobre el Holodomor (que significa “matar de hambre”, en ucraniano).

Cuatro lecciones se desprenden de ese episodio del siglo XX. La primera es el irreductible fanatismo de los líderes que no tienen empacho en sacrificar a las personas concretas en el altar de las ideas abstractas. La segunda es la criminal complicidad de los intelectuales dogmáticos. La tercera es la evidencia de que, tarde o temprano, la verdad se abre paso: Stalin mató a sus críticos pero es él quien habita el infierno de la historia. La cuarta es la misteriosa fuerza que nace del dolor: aquel niño perdido encontró su vocación en los pastizales de Ucrania. Mi tío Luis trabajó toda su vida como médico en el Instituto Mexicano del Seguro Social.

www.enriquekrauze.com.mx

La razón de Estado en la 4T

Francisco Valdés Ugalde

Mediante esta doble operación se hace desaparecer al pueblo de carne y hueso en la acción política y se le transforma en un rebaño debido a sus pastores. Como se sabe ampliamente en los saberes de la política, los derechos de la gente pueden ser conferidos paternalistamente por la autoridad política.

social sin democracia, pero en este supuesto el gran ausente es el pueblo que, reducido de esta forma a una totalidad indiferenciada se evapora en entidad abstracta y se condena a una presencia efímera y turbulenta en la política cuyas instituciones devasta.

Al llegar a la encrucijada de la concentración polar de la expectativa mayoritaria, la suposición de disponer de un cuerpo doctrinal “superior” que dicta la orientación que debe seguir “el pueblo” se evoca inevitablemente la imposición autoritaria de esa “doctrina”. Como no puede vivir en ese diálogo sin fin que es la disonancia democrática necesita convertirse en “racionalidad perfecta” que no tiene contradicciones y que sólo puede imponerse con la dictadura. Sin dictadura es imposible el imperio de una “doctrina superior”. Dejemos de lado el hecho de que al proceder así con el tiempo este dogma sagrado “devorará a sus hijos”, cuando ya “liberados” por la palabra de los dioses reclamen libertad, autonomía y voz propias. Recapacitemos ahora en lo que está en el orden del día, a saber, que este proceder implica romper con el Estado de derecho (la ley), implica renunciar a cambiar las leyes por la vía de los procedimientos constitucionales respetando los valores de inclusión y pluralismo, así como los preceptos que garantizan la defensa legítima de las minorías. A eso nos conduce la 4T, a la imposición de una “razón de Estado” esencialmente despótica.

Twitter: @pacovaldesu